

a todas con ella con los vínculos de tu perfecta caridad, de modo que pueda esperar el consuelo de vernos a todas junto a ella a tu derecha en el gran día del juicio universal para amarte y glorificarte eternamente. Ésta es la gracia que a todas deseo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Así sea.”(CD pág.65)

ESCUCHAMOS NUESTRO HOY

La receta parece fácil, Juana Antida decía a sus hijas y a nosotros hoy: "... **hagamos** a ellos (los pobres, los últimos, a nuestros enemigos, a quien hace el mal) **todo el bien que será posible: aquí el gran precepto de la caridad**, encerrado en las palabras de Mateo: "todo lo que le hicieron a uno solo de estos mis hermanos, me lo hicieron a mí ».

(Para tal fin leamos un testimonio del 2015 de las Hermanas de la Casa Centro S. Juana Antida de Roma):

«Es martes, acogemos una familia con un hijo de 28 años, discapacitado. Le decimos que, para mañana, miércoles, tenemos aún entadas para la audiencia del Papa. Con inmensa alegría nos dicen que justamente querían esto pero que no sabían cómo hacer. Compran un solideo blanco y... aquí su historia: "llegamos a la Plaza San Pedro para asistir a la catequesis del Papa. Los encargados de las personas con discapacidad nos colocaron en el lugar reservado a lo largo de las vallas. Llega el Papa. Cuando está cerca nuestro se da vuelta del otro lado para saludar. ¡Lo perdemos! No, se da vuelta hacia nosotros y ve a mi hijo que sacude un solideo blanco. Trata de tomarla con su mano, pero no logra. Hace detener el coche, pide que tomen el solideo y se la pone en su cabeza y, como es un poco pequeña para él se la devuelve sonriendo a mi hijo, que lo tendrá como un trofeo. Una conmoción indescriptible entró en lo profundo de nuestros corazones como una bendición.

Agradezco a todas ustedes, hermanas, por haber contribuido a que todo ocurriese, como si todo hubiese estado escrito para nosotros.»

Para la reflexión

- ❖ ¿Dedico tiempo para buscar en mi vida caminos que lleven al bien?
- ❖ ¿Cómo reacciono si recibo malas acciones?
- ❖ Concretamente ¿me prodigo para que el mal sea vencido? ¿Cómo?
- ❖ ¿Cómo y de qué manera me ayuda la oración?



... lo hicieron por mí

Amigos de Juana Antida

ficha 2c

En la ficha precedente vimos como el bien y el mal viven en todo hombre, también Juana Antida era consiente que el mal está unido a la miseria humana y que "todas las verdades y todas las falsedades se verán en el



que "todas las verdades y las falsedades se verán en el gran día del juicio final" (CD pág. 390)

J.A. sostenía que Dios es el "buen Dios" que es el Bien y quiere sólo el bien. El deja al hombre la libertad de elegir el bien y también de rechazarlo y da al hombre su propia responsabilidad

El bien y el mal

En una carta a la Hna. Marta, escrita en Nápoles en 1823, afirma con gran realismo y capacidad de discernimiento:

"Dios no quiere el mal; es necesario que haya escándalos, pero cuidado a aquellos que los causen! Esto descubre los pensamientos de muchos que estaban escondidos bajo el velo de la virtud; estos son peores que los que obran abiertamente, porque sorprenden más fácilmente la credulidad de las personas honestas y ocultan sus designios perversos con falsos pretextos, que colorean con buenas intenciones. Aquellos sin embargo, que sufrieron todo según el ejemplo de Jesucristo crucificado, serán reconocidos por el cómo fieles discípulos; dirá a ellos: "Vengan benditos de mi Padre, a poseer su reino que fu preparado para ustedes. Sufrieron conmigo, y reinarán conmigo". (CD pág. 286)

También Juana Antida conoció el mal, el sufrimiento, el odio pero nunca se rindió, ni se dejó abatir por nada, luchó, creyó en la victoria del bien y del amor.

En su servicio a los pobres demostró concretamente creer que en **cada hombre conviven el bien y el mal** y trabajó manifestando una fuerte voluntad de promoción del hombre cierta de poder hacer emerger el bien presente en cada uno. Un gran ejemplo de esta obra lo encontramos en el trabajo realizado en la cárcel de Bellevaux, leemos

“...querían confiarle la gran casa de Bellevaux ubicada en la calle del Petit-Battant en Besançon. Ella partió apenas llegada, le fue renovada la invitación para ocuparse de esa gran casa, que en realidad eran dos casas en un mismo recinto. Una ocupada por hombres, la otra por mujeres. Unos y otros eran reclusos de toda edad confinados allí, como consecuencia de juicios criminales y correccionales. Había tantos desórdenes que la casa era parangonada a la antesala del infierno. Las autoridades civiles ya no se atrevían a entrar por temor a ser asesinados; los sacerdotes que iban a asistir a los enfermos en peligro de muerte, no estaban seguros de salir vivos. Sea por el miedo, sea por la suciedad contagiosa que reinaba, los reclusos eran víctimas de fiebres malignas y muchos se morían.

La Hna. Thouret no se espantó por todo esto; eligió seis de sus Hijas y con ellas fue allí confiando plenamente en Dios. El Prefecto de la ciudad quiso instalarlas personalmente en esa casa. Con este fin se hizo acompañar por las autoridades y un piquete armado para imponerse a los presos. Apenas se encontró en esa casa, empezó a poner todo en orden. Procuró instrucción a los hijos de los presos con la ayuda de un maestro, y a las hijas con la colaboración de una docente. Fijó para la noche y la mañana la oración en común en el pabellón de los hombres y en el de las mujeres. No había capilla ni sacerdote: la Hna. Thouret hizo reparar un local en cuyo centro puso un altar de manera tal, que hombres y mujeres pudieran ubicarse separadamente. Lo hizo bendecir y pidió a un sacerdote que celebrase diariamente la santa misa a la que asistan los hombres y las mujeres a quienes los domingos y días de fiesta algún sacerdote enseñaba el catecismo.

La Hna. Thouret cuidaba que se confesaran los reclusos, tanto enfermos como sanos; con la colaboración de sus hijas, les hacía leer las lecturas espirituales, rezar por la mañana y por la noche, rezar el rosario y también los instruía y preparaba para la recepción de los santos sacramentos de la iglesia. Los consolaba llevándolos a Dios y al espíritu de penitencia; los exhortaba a usar santamente sus sufrimientos para

redimir los propios pecados, para santificarse y salvarse mediante una vida honesta y una santa muerte.

Pronto tuvo el consuelo de recoger buenos frutos. Combatió e hizo combatir el desorden de vicios horribles; La Casa de Bellevaux, habitada por 300, 400, 500 presos, estaba en movimiento todo el día: movimiento de los que salían porque habían cumplido el tiempo de detención, y de aquellos que entraban. Había condenados a 25 años, otros a 20, 18, 15,12, 10, 8, 6,3, un año; otros, por menos tiempo. Todos eran castigados a pan y agua. La Hna. Thouret adquirió para ellos fardos de algodón para hilar, hizo venir de la ciudad otros materiales para hilar, medias para confeccionar, vestidos y ropa blanca para coser; para aliviarles su situación se pagaba a los presos el tercio del valor de trabajo: los otros dos tercios eran utilizados para preparar la sopa de legumbres por la noche y por la mañana. En los domingos y fiestas, la sopa espesa con una porción de carne.

Más, para procurarles este beneficio, ¡cuántas preocupaciones, cuánto trabajo debió afrontar!

Y efectivamente, al desorden siguió la calma y poco a poco creció el bien de tal manera, que esa casa fue considerada con asombro por la gente como un santo retiro. El Prefecto nombró un sacerdote a quien asignó un estipendio. Se fijaron varias fábricas de telas y tejidos donde la mercadería era vendida a beneficio del “hospicio”: así se llamó a esa cárcel. Desde que en Bellevaux se habían establecido las Hermanas de la Caridad, los gastos eran menores, los prisioneros estaban mejor alimentados y tratados de manera mucho más adecuada bajo todos los aspectos; las Hermanas habían logrado establecer el orden ejemplar en esa casa

(del manuscrito de la Hna. Rosalía Thouret pág. 401-403)

El juicio final

El texto de Mt 25,31-46 estuvo siempre muy vivo y presente en Juana Antida, lo recuerda en la última circular escrita a sus hijas

“Allí me verán, y yo las veré queridísimas hijas. ¡Oh Dios mío, que terribles son estas reflexiones! pero ¡qué necesarias! Ven en nuestra ayuda; abre tu corazón tierno y paternal, perdónanos, aplaca tu cólera y no nos castigues abandonándonos a nuestra obstinación. Consuela a esta pobre Madre que siempre nos ha hecho bien, nos ha guiado hacia Ti, nos ha recibido y nos ha guardado siempre en su corazón maternal y, a ejemplo tuyo, siempre ha practicado la misericordia con nosotras y la quiere practicar aún; que ha buscado y no quiere buscar otra cosa que nuestra felicidad en este mundo y en la eternidad. Reúnenos